

EL VENDEDOR DE PASADOS

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

EL VENDEDOR DE PASADOS

Traducción de Rosario Peyrou



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *O vendedor de passados*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Imagen de la cubierta: istockphoto

Primera edición en Argentina: agosto de 2013

Primera edición: julio de 2018

© José Eduardo Agualusa, 2004
por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.
Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Rosario Peyrou, 2016

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1137-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 13817-2018

Impreso en España

«Si tuviera que nacer otra vez escogería algo totalmente diferente. Me gustaría ser noruego. Quizá persa. Uruguayo no, porque sería como cambiar de barrio.»

Jorge Luis Borges

Índice

Un pequeño dios nocturno.	9
La casa	17
El extranjero.	23
Un barco lleno de voces	31
Sueño n° 1	37
Alba.	39
El nacimiento de José Buchmann.	43
Sueño n° 2	53
Un esplendor	57
La filosofía de una lagartija	63
Ilusiones.	67
En mi primera muerte no me morí.	69
Sueño n° 3	71
Móviles	77
Sueño n° 4	83
Yo, Eulalio.	87
La lluvia sobre la infancia.	89
Entre la vida y los libros	95

El mundo pequeño	99
El alacrán	109
El ministro.	111
Un fruto de los años difíciles	117
Sueño n°. 5	123
Personajes reales	129
Anticlímax.	135
Las vidas irrelevantes	141
Edmundo Barata dos Reis	143
El amor, un crimen	151
El grito de la Santa Rita	167
El enmascarado	171
Sueño n°. 6	175
Félix Ventura empieza a escribir un diario . .	183

Un pequeño dios nocturno

Nací en esta casa y aquí me crie. Nunca he salido. Al atardecer recuesto el cuerpo contra el cristal de las ventanas y miro el cielo. Me gusta ver los fuegos altos, el galope de las nubes y, sobre ellas, los ángeles, legiones de ángeles, sacudiéndose las chispas del pelo, que agitan las largas alas en llamas. Es un espectáculo siempre idéntico. Todas las tardes, sin embargo, vengo hasta aquí; me divierto y me conmuevo como si lo viese por primera vez. La semana pasada Félix Ventura llegó más temprano y me sorprendió riendo mientras allá afuera, en el azul revuelto, una nube enorme corría en círculos, como un perro, intentando apagar el fuego que le abrasaba la cola.

—¡Ah, no lo puedo creer! ¿Te ríes?

Me irritó su asombro. Sentí miedo, pero no moví un músculo. El albino se quitó los lentes oscuros, los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, se la sacó, lenta, melancólicamente, y la colgó con cuida-

do en el respaldo de una silla. Eligió un disco de vinilo y lo colocó en el plato del viejo tocadiscos. *Canción de cuna para un río*, de Dora, la Cigarra, cantora brasileña que, supongo, tuvo alguna notoriedad en los años setenta. Lo que me hace suponer esto es la tapa del disco. Es un dibujo de una mujer en biquini, negra, bonita, con unas largas alas de mariposa prendidas en la espalda. «Dora, la Cigarra –*Canción de cuna para un río*–, el gran éxito del momento.» Su voz arde en el aire. En las últimas semanas esta ha sido la banda sonora de los atardeceres. Sé la letra de memoria.

*Nada pasa, nada muere
El pasado es
un río que duerme
y la memoria, una mentira
que cambia de forma*

*Duermen las aguas del río
y en mi regazo duermen los días
duermen
duermen las penas
duermen
las agonías*

*Nada pasa, nada muere
El pasado es
un río dormido*

*parece muerto, apenas respira
pero despiértalo y saltará
en un alarido*

Félix esperó que con la luz se apagasen también las últimas notas del piano. Después giró uno de los sillones, casi sin hacer ruido, de manera que quedara vuelto hacia la ventana. Por fin se sentó y estiró las piernas con un suspiro:

—¡Caramba! ¿Así que Su Bajeza se ríe? ¡Extraordinaria novedad!

Me pareció abatido. Acercó el rostro y vi sus pupilas inyectadas en sangre. Su aliento me envolvió el cuerpo. Un calor ácido.

—Una pésima piel, la tuya. Debemos de ser de la misma familia.

Estaba esperando eso. Si pudiera hablar, hubiera sido rudo. Mi aparato bucal, sin embargo, apenas me permite reír. Así que intenté arrojarle a la cara una carcajada feroz, algún sonido capaz de asustarlo o de apartarlo de allí, pero apenas conseguí una gárgara débil. Hasta la semana pasada el albino siempre me había ignorado. Desde entonces, después de haberme escuchado reír, llega más temprano. Va a la cocina, vuelve con un vaso de zumo de papaya, se sienta en el sillón y comparte conmigo la fiesta del crepúsculo. Conversamos. O mejor, habla él y yo escucho. A veces me río y eso le gusta. Ya nos une, sospecho, un

hilo de amistad. En las noches de sábado, no en todas, el albino llega con una chica de la mano. Son muchachas espigadas, altas y elásticas, de finas piernas de garza. Algunas entran con miedo, se sientan en la punta de las sillas, evitando mirarlo de frente, sin poder disimular el asco. Toman un refresco, sorbo a sorbo, y luego se desnudan en silencio, lo esperan acostadas de espaldas, los brazos cruzados sobre los senos.

Otras, más osadas, se aventuran solas por la casa, evaluando el brillo de las platas, la nobleza de los muebles; pero vuelven enseguida a la sala, asustadas al ver las filas de libros en los cuartos y en los pasillos, y sobre todo por la mirada severa de los caballeros de galera y monóculo, la mirada burlona de las *bessanganas** de Luanda y de Benguela, la mirada pasmada de los oficiales de la marina portuguesa con sus uniformes de gala, la alucinada de un príncipe del Congo del siglo XIX, la desafiante de un famoso escritor negro norteamericano, todos posando para la eternidad entre molduras doradas. Buscan en los estantes algún disco, «¿No tienes *culuro*,** tío?», y como el albino no tiene *culuro*, no tiene *quizomba*,*** no

* Damas angoleñas ataviadas al uso tradicional. [N. de la T.]

** Género musical originario de Angola, que fusiona ritmos tradicionales y *beats* electrónicos y que ha hecho furor en Brasil. La telenovela *Avenida Brasil* usó un tema de este género para su presentación. [N. de la T.]

*** Danza angolana, surgida en los años setenta, basada en la *semba* africana y con influjo del *zouk* caribeño, traída al país por los contingentes militares cubanos. [N. de la T.]

tiene ni la Banda Maravilla, ni Paulo Flores —los grandes éxitos del momento—, acaban por elegir los de carátula más vistosa, invariablemente ritmos cubanos. Bailan, bordando pasos cortos en el piso de madera, mientras se van desabrochando uno por uno los botones de la blusa. La piel perfecta, muy negra, húmeda y luminosa, contrasta con la del albino, seca y áspera, color de rosa. Yo lo veo todo. Dentro de esta casa soy como un pequeño dios nocturno. Durante el día, duermo.

La casa

La casa vive. Respira. La escucho suspirar toda la noche. Las largas paredes de adobe y madera están siempre frescas, aun cuando en pleno mediodía el sol silenciosa a los pájaros, azota los árboles, derrite el asfalto. Me deslizo por ellas como un ácaro en la piel de su huésped. Siento, al abrazarlas, un corazón que late. Será el mío. Será el de la casa. Poco importa. Me hace bien. Me transmite seguridad. La vieja Esperanza trae a veces a alguno de sus nietos más chicos. Los lleva en la espalda, bien sujetos con un paño, según el uso secular de esta tierra. Hace así todo su trabajo. Barre el piso, quita el polvo de los libros, cocina, lava la ropa, plancha. El bebé, con la cabeza pegada a su espalda, siente su corazón y su calor, se cree de nuevo en el útero de la madre y se duerme. Yo tengo con la casa una relación parecida. Al atardecer, ya lo dije, me quedo en la sala de las visitas, pegado a los ventanales, viendo morir el sol. Cuando cae la noche

vagabundeo por las habitaciones. La sala de las visitas comunica con el jardín, estrecho y descuidado, cuyo único encanto son dos gloriosas palmeras imperiales, muy altas, muy altivas, que se yerguen una en cada extremo, vigilando la casa. La sala está pegada a la biblioteca. Se pasa de allí al pasillo por una puerta ancha. El pasillo es un túnel hondo, húmedo y oscuro, que permite el acceso al dormitorio, al comedor y a la cocina. Esta parte de la casa da al patio. La luz de la mañana, verde, blanda, filtrada por el ramaje alto del árbol de *palta*^{*}, acaricia las paredes. Al fondo del corredor, del lado izquierdo de quien entra, viniendo desde la sala, se alza con esfuerzo una pequeña escalera de tres tramos quebradizos. Subiéndola se llega a una especie de buhardilla que el albino casi no frecuenta. Está llena de cajas de libros. Yo tampoco voy allí muy a menudo. Hay murciélagos en las paredes, dormidos cabeza abajo, envueltos en sus capas negras. Ignoro si las lagartijas son parte de la dieta de los murciélagos. Prefiero seguir sin saberlo. El mismo motivo —¡el terror!— me impide explorar el patio. Veo, por las ventanas de la cocina, del comedor y del cuarto de Félix, cómo crece la hierba, bravía entre los rosales. Un inmenso árbol de palta se levanta, frondoso, justo en medio del patio. Hay además dos nísperos, altos, cargados de frutos, y una

* palta, paltero: nombre del árbol del aguacate. [N. de la T.]

buena docena de plantas de papaya. Félix cree en el poder regenerador de las papayas. Un muro alto cierra el jardín. La parte superior del muro está cubierta de trozos de vidrio de colores variados, pegados en el cemento. Desde aquí donde los veo, me hacen pensar en dientes. Este feroz artificio no impide que de vez en cuando unos niños salten el muro y roben paltas, nísperos o papayas. Colocan una tabla sobre el muro y después levantan el cuerpo. Me parece una tarea demasiado arriesgada para tan escaso provecho. Tal vez no lo hagan para probar las frutas. Creo que lo hacen para probar el riesgo. Tal vez, el día de mañana, el riesgo tenga para ellos el sabor de los nísperos maduros. Imaginemos que uno de ellos se vuelva zapador. En este país nunca falta trabajo para los zapadores. Ayer mismo vi en la televisión un reportaje sobre el proceso de quitar las minas. Un dirigente de una organización no gubernamental lamentó la falta de precisión de los números. Nadie sabe, en verdad, cuántas minas fueron enterradas en el suelo de Angola. Entre diez y veinte millones. Probablemente habrá más minas que angoleños. Supongamos, pues, que uno de esos niños se convirtiera en zapador. Siempre que rastreara un campo de minas le vendría a la boca un remoto sabor a nísperos. Un día enfrentará la inevitable pregunta, lanzada con una mezcla de curiosidad y de horror, por un periodista extranjero:

—¿En qué piensa cuando desarma una mina?

Y el niño que todavía hubiera en él contestaría sonriendo:

—En nísperos, señor.

La vieja Esperanza cree que son los muros los que fabrican los ladrones. La escuché decírselo a Félix. El albino la encaró, divertido:

—¿Así que tengo una anarquista en casa? Dentro de poco voy a descubrir que está leyendo a Bakunin.

Dijo esto y no le prestó más atención. Ella nunca leyó a Bakunin, claro; es más, nunca leyó ningún libro, apenas si sabe leer. Con todo, estoy aprendiendo muchas cosas sobre la vida en general, o sobre la vida en este país —que es la vida en estado de embriaguez—, oyéndola hablar sola, a veces en un murmullo dulce, como quien canta, a veces en voz alta, como quien rezonga, mientras arregla la casa. La vieja Esperanza está convencida de que no morirá nunca. En 1992 sobrevivió a una masacre. Había ido a la casa de un dirigente de la oposición a buscar una carta de su hijo menor, que estaba de servicio en Huambo, cuando irrumpió (desde todas partes) un fuerte tiroteo. Insistió en salir de allí, quería regresar a su barrio, pero no la dejaron.

—Es una locura, vieja. Haga de cuenta que llueve. Dentro de poco parará.

No paró. El tiroteo, como un temporal, se hizo cada vez más intenso, más cerrado, fue creciendo en

dirección a la casa. Félix me contó lo que sucedió esa tarde:

—Llegó una tropa ruidosa, una banda de amotinados bien armados, muy bebidos; entraron en la casa a la fuerza y golpearon a todo el mundo. El comandante quiso saber cómo se llamaba la vieja. Ella le dijo: «Esperanza Job Sapalalo, patrón» y él se rio. «Esperanza será la última en morir.» Alinearon al dirigente y a la familia en el patio de la casa y los fusilaron. Cuando llegó el turno de la vieja Esperanza se habían acabado las balas. «Lo que te salvó —le gritó el comandante— fue la logística. Nuestro problema será siempre la logística.» Después la mandó que se fuera. Ahora ella se cree inmune a la muerte. Tal vez lo sea.

No me parece imposible. Esperanza Job Sapalalo tiene una fina red de arrugas en el rostro y el pelo completamente blanco, pero sus carnes se mantienen duras, y los gestos son firmes y precisos. En mi opinión, es la columna que sustenta esta casa.

El extranjero

Félix Ventura estudia los periódicos mientras cena, los hojea atentamente y, si algún artículo le interesa, lo señala con un bolígrafo de tinta lila. Cuando termina de comer lo recorta con cuidado y lo guarda en un archivo. En uno de los estantes de la biblioteca hay decenas de estos archivos. En otra duermen centenares de cintas de video. A Félix le gusta grabar informativos, acontecimientos políticos importantes, todo lo que un día puede serle útil. Las cintas están ordenadas alfabéticamente, según el nombre de la personalidad o el acontecimiento al que se refieren. La cena de Félix se limita a una taza de caldo verde, especialidad de la vieja Esperanza, y un té de menta, una gruesa rodaja de papaya aliñada con limón y una gota de vino de oporto. En la habitación, antes de acostarse, se pone el pijama con tal formalidad que siempre me quedo esperando verlo atarse al cuello una corbata oscura.

Esta noche el estruendo de la campanilla del timbre le interrumpió la sopa. Eso lo irritó. Dobló el diario, se levantó y con esfuerzo fue a abrir la puerta. Vi entrar a un hombre alto, distinguido, de nariz aguileña, los pómulos salientes, un bigote poblado, curvo y lustroso, como no se usa desde hace más de un siglo. Los ojos, pequeños y brillantes, parecían apoderarse de todas las cosas. Vestía un traje azul, de corte anticuado, que sin embargo le quedaba bien, y sostenía en la mano izquierda una cartera de cuero. La sala pareció oscurecerse. Fue como si la noche, o alguna cosa todavía más enlutada que la noche, hubiese entrado junto con él. Mostró una tarjeta de visita. La leyó en voz alta:

—Félix Ventura. Asegure a sus hijos un pasado mejor. —Se rio. Una risa triste pero simpática—. Es usted, me imagino. Un amigo me dio su tarjeta.

No conseguí, por el acento, adivinar su origen. Hablaba con suavidad, con una suma de pronunciaci-ones diversas, una sutil aspereza eslava sazonada con la suave miel del portugués del Brasil. Félix Ventura retrocedió:

—¿Quién es usted?

El extranjero cerró la puerta. Paseó por la sala con las manos cruzadas en la espalda y se detuvo un largo momento frente al bello retrato al óleo de Frederick Douglass. Finalmente se sentó en una de las poltronas y con un gesto elegante invitó al albino a

hacer lo mismo. Parecía ser él el dueño de la casa. Amigos comunes, dijo, y la voz se hizo aún más suave, le habían dado esa dirección. Le habían hablado de un hombre que traficaba memorias, que vendía pasados, secretamente, como otros contrabandean cocaína. Félix lo miró desconfiado. Todo en aquel extraño lo irritaba, esos modales suaves y al mismo tiempo autoritarios, el discurso irónico, el bigote arcaico. Se sentó en el majestuoso sillón de mimbre, en el extremo opuesto de la sala, como si temiera ser contagiado por la delicadeza del otro.

—¿Puedo saber quién es usted?

Tampoco esta vez tuvo respuesta. El extranjero pidió permiso para fumar. Sacó del bolsillo del saco una pitillera de plata, la abrió y lió un cigarrillo. Sus ojos saltaban de un lado a otro en una atención distraída, como una gallina picoteando en el polvo. Dejó que el humo se extendiera y lo cubriese. Sonrió con un fulgor inesperado.

—Pero dígame, mi querido amigo, ¿quiénes son sus clientes?

Félix Ventura se rindió. Lo buscaba, explicó, una clase entera: la nueva burguesía. Eran empresarios, ministros, hacendados, traficantes de diamantes, generales, gente, en fin, con un futuro asegurado. Lo que le falta a esas personas es un buen pasado, ancestros ilustres, pergaminos. Resumiendo: un nombre que resuene a nobleza y a cultura. Él les vende un

pasado nuevo en papeles. Les traza un árbol genealógico. Les da fotografías de los abuelos y bisabuelos, caballeros de fina estampa, señoras del tiempo antiguo. A los empresarios, a los ministros, les gustaría tener como tías a aquellas señoras —prosiguió, señalando los retratos en las paredes—, viejas damas envueltas en paños, legítimas *bessanganas*. Les gustaría tener un abuelo con el porte ilustre de un Machado de Assis, de un Cruz e Sousa, de un Alejandro Dumas, y él les vende ese simple sueño.

—Perfecto, perfecto. —El extranjero se alisó el bigote—. Fue eso lo que me dijeron. Yo preciso de sus servicios. Me temo, además, que le va a dar bastante trabajo.

—El trabajo libera —murmuró Félix. Lo dijo tal vez para provocar, para verificar la identidad del intruso, pero si ésa era la intención falló, porque éste se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza. El albino se levantó del asiento y desapareció en dirección a la cocina. Volvió poco después aferrando con ambas manos una botella de buen tinto portugués. Se la mostró al extranjero. Le ofreció una copa. Preguntó:

—¿Puedo saber su nombre?

El extranjero estudió el vino contra la luz de la lámpara. Bajó los párpados y bebió despacio, atento, feliz, como quien sigue el vuelo de una fuga de Bach. Posó la copa en la mesita que tenía justo enfrente, un

mueble de caoba con tapa de vidrio; por fin se enderezó y contestó:

—Tuve muchos nombres, pero quiero olvidarlos todos. Prefiero que usted me bautice.

Félix insistió. Necesitaba saber, como mínimo, en qué se ocupaban sus clientes. El extranjero levantó la mano derecha —una mano grande de dedos largos y huesudos— en un vago ademán de negativa. Después la bajó y suspiró:

—Tiene razón. Soy reportero gráfico. Recojo imágenes de guerra, del hambre y sus fantasmas, de desastres naturales, de grandes desgracias. Piense en mí como un testigo.

Explicó que quería instalarse en el país. Quería algo más que un pasado decente, más que una familia numerosa, tíos y tías, primos y primas, sobrinos y sobrinas, abuelos y abuelas, incluidas dos o tres *besanganas*, ya todos muertos, naturalmente, o exiliados; quería algo más que retratos y relatos. Necesitaba un nuevo nombre y documentos nacionales, auténticos, que dieran testimonio de esa identidad. El albino lo escuchaba, aterrado:

—¡No! —consiguió decir—. Yo no hago eso. Fabrico sueños, no soy un falsificador... Además, permítame la franqueza, sería difícil inventar para usted una genealogía africana.

—¡Y ahora eso! ¿Y por qué?

—En fin, ¡porque usted es blanco!

—¿Y qué? ¡Usted es más blanco que yo!...

—¿Blanco yo? —El albino se atragantó. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente—. ¡No, no! Soy negro. Soy negro puro. Soy autóctono. ¿No ve que soy negro?

Yo, que había permanecido todo el tiempo en mi lugar habitual junto a la ventana, no conseguí evitar una carcajada. El extranjero levantó la cara como si husmease el aire. Tenso, alerta.

—¿Oyó eso? ¿Quién se rio?

—Nadie —respondió el albino, y me señaló—: Fue la lagartija.

El hombre se levantó. Lo vi aproximarse y sentí que sus ojos me atravesaban. Era como si mirase directamente a mi alma (mi vieja alma). Movié la cabeza en un silencio perplejo.

—¿Sabe lo que es esto?

—¿Cómo?

—Es una lagartija, sí, de una especie muy rara. ¿Ve esas rayas? Es una lagartija tigre, o lagartija atigrada, un animal tímido, aún poco estudiado. Los primeros ejemplares fueron descubiertos hace media docena de años en Namibia. Se cree que pueden vivir dos décadas, tal vez más. La risa impresiona. ¿No le parece una risa humana?

Félix asintió. Sí, al principio, él también se sintió perturbado. Después consultó algunos libros sobre reptiles —los había encontrado allí mismo, en casa,

porque tenía libros sobre todo, miles, los había heredado de su padre adoptivo, un anticuario de libros que cambió Luanda por Lisboa pocos meses después de la independencia— y entonces descubrió que ciertas especies de lagartijas pueden producir sonidos fuertes, parecidos a carcajadas. Siguieron discutiendo un rato sobre mí, lo que me incomodó, porque lo hacían como si yo no estuviese presente. Al mismo tiempo sentía que hablaban no de mí, sino de un ser alienígena, de una vaga y remota anomalía biológica. Los hombres ignoran casi todo sobre los pequeños seres con quienes comparten su hogar. Ratones, murciélagos, cucarachas, hormigas, ácaros, pulgas, moscas, mosquitos, arañas, lombrices, polillas, termitas, chinches, gorgojos, caracoles, escarabajos. Decidí que lo mejor era ocuparme de mi vida. A aquella hora el cuarto del albino se llenaba de mosquitos y yo empezaba a sentir hambre. El extranjero se levantó, fue hasta la silla donde había dejado la cartera, la abrió y sacó de allí un sobre grueso. Se lo entregó a Félix, se despidió y avanzó hacia la puerta. Él mismo la abrió. Hizo un movimiento de cabeza y desapareció.